

“Bucear sin agua”, una experiencia extensionista en la cárcel de mujeres

Sofía De Mauro¹ | ssofiadem@gmail.com | Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina

Maricel Vázquez | mdv2784@gmail.com | Participante del taller de lectoescritura Bucear sin agua, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina

Bucear sin agua es un taller de lectoescritura creativa que se desarrolla desde el año 2017 en el Establecimiento Penitenciario N°3 para mujeres de Córdoba (Bouwer), como proyecto de extensión del PUC (Programa Universitario en la Cárcel) de la Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC. En una charla con Maricel, participante del taller, abrimos el diálogo de la extensión universitaria en contextos de encierro y hablamos sobre este tipo de espacios en la cárcel, su rol como escritora y editora de las distintas publicaciones del taller y sus motivaciones personales.

¿Qué fue lo que te acercó al taller y cuáles eran tus expectativas? ¿Podés contarnos acerca de esos comienzos?

Fue enfrentarme a un tiempo donde sabía que tenía que esperar. Yo fui detenida en octubre del 2016. Esto empezó en abril o en mayo de 2017. Fue tener algo para hacer, yo siempre quise estudiar Letras pero mis papás me hicieron estudiar Abogacía, eso tiene mucho que ver. Y bueno, fue empezar así, diciendo qué hay acá que me saque de acá. Fui probando, hice

¹ Docente del taller de lectoescritura creativa *Bucear sin agua*, dictado en el Establecimiento Penitenciario N°3 para mujeres de Córdoba, en el marco del Programa Universitario en la Cárcel (PUC) de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.

pintura, macetería, de todo; y me quedé con el taller de escritura. A mí me resulta más fácil escribir que hablar. Cuando uno escribe se suelta un poco más, volás un poco más, decís cosas de otra forma.

También está la posibilidad de abrir paso a la ficción...

Cuando empezamos, en la parte de lo que es más técnico, porque también está bueno eso, uno aprende mucho, empezás a utilizar otros elementos, lo que es ficción, el límite entre lo real, lo no real, lo creíble, lo verosímil, la verosimilitud del texto (eso está bueno). Y aparte uno va poniendo cosas de su pasado, de sus ideas y todo en la escritura. Yo creo que eso fue lo principal del taller, poder decir cosas que uno no decía.

¿En qué medida o de qué forma te parece que la literatura y la escritura te acompañaron en ese proceso?

Salir es la palabra exacta, eso me hacía sentir a mí de verdad. Yo esperaba los jueves porque era mi cable a tierra. Yo sentía que estaba afuera, yo esperaba con ansias, era estar afuera para mí. Eso me acompañó durante estos tres años que fueron 2017, 2018 y 2019. Me acompañó en todo lo que tuve que pasar, en todo. Pero me acompañó, no solo en apoyo (por ahí las charlas de las profes), sino en hacer algo de otra forma.

Imagino que también hay un montón de variables, de factores y motivaciones distintas...¿no?

Mi motivación era esa: salir, escribir. Yo no veía las horas de que viniera el encuentro próximo, de haber escrito, de compartir. Porque uno espera con entusiasmo lo que escribe la otra persona, y decir: ¡Guau qué bueno! Surgen tantas cosas, es muy rico. Es una experiencia muy rica.

¿Cómo fue escribir un libro? ¿Qué nos podés decir acerca de la dimensión colectiva? Es decir, del grupo en tanto de las otras chicas que estaban privadas de la libertad, como encontrarte con nosotras, las docentes. Son dos preguntas distintas ¿no? pero por ahí se pueden relacionar. Porque de repente éramos un grupo y te tenías que encontrar con gente que no conocías, después a nosotras, que nos fuimos conociendo y generamos una relación. Y, por otra parte, ¿cómo fue escribir colectivamente esos tres libros? Fueron tres procesos muy distintos, el primer librito que fue una fotocopia, el segundo que fue editado y publicado con formato “libro” y el último que fue un proceso más corto, con los fanzines.

Escribir un libro fue algo muy bueno, porque es tener un objetivo y uno se compromete. Así como allá el objetivo es la libertad, en la escritura el objetivo es un libro. Estando presa

el objetivo es la libertad, casada, no sé, el objetivo puede ser un hijo (no siempre), pero la mayoría de las veces. Fue como un hijito, fue muy lindo. Y compartir con las otras chicas ese objetivo, ese proyecto. Con Mónica, una compañera, yo sentía que compartimos ese objetivo (quizás no con todas). Fue lindo porque tenés diferencias, tenés coincidencias, pero sabés que todas tiran para el mismo lado y aunque no convivimos, no estábamos alojadas en el mismo lugar, en el mismo pabellón, en el mismo salón, nos encontrábamos ahí para ese fin (eso está bueno).

Yo al taller lo publicaría así, diciendo que es la libertad estando tras rejas, porque encontrás la libertad de expresarte. Vos podés armar una frase, pero sabés cómo se gestó esa frase. Y que no dice solo lo que la frase dice, sino todo lo que se dijo alrededor y no se escribió. Vos ves la frase, sí, te llega de una forma, te llega de la otra o te llega ese escrito. Pero si participaste en el proceso de creación y todo, sabés que hay mucho acá, y eso es lo fundamental.

Eso después lo lee mucha gente, se hace público; pero, a la vez, hay una dimensión privada e íntima, como vos decís. Íntima y grupal. Una cuando vuelve a leer lo que escribió, vuelve a ese momento. O también cuando, por ejemplo, durante el taller escribíamos cosas y en la semana por ahí las reescribías, o cuando las ibas a releer, más allá de ese momento de escritura personal y vomitivo.

Al ser un contexto de encierro, esperás ser escuchada y ahí está el espacio de libertad que no se puede dar muy bien, si uno lo plantea en otro contexto. El ser escuchada vale muchísimo; por más que no tengas resultado en cuanto a lo que una quiere, que es la libertad en sí misma. Con el solo hecho de que te escuchen, porque ahí no tenés derecho ni a hablar (según qué, podés o no). Como te decía, esa complicidad que se genera nos pasó en los fanzines “Titas, nunca Rhodesias”, cualquiera que lo lee no entiende nada, y era por “pu-tita”, por el tema este de la femeneidad y el feminismo, el empoderamiento de la mujer de ahora.

Se trata de reivindicar esa posición de “también podemos ser putas y qué”. Y también esto de lo de ser escuchada, y cómo lo íntimo se vuelve público en ese espacio y cómo siempre había desde un aplauso a una lágrima. Pienso que era no solo el ser escuchadas, sino también contarnos un montón de cosas, a través de la escritura.

De experiencias colectivas por ahí en común, de lo que nos pasaba ahí adentro, de lo que nos había pasado afuera, de las situaciones diferentes y diversas por las que cada una estaba ahí; tanto ustedes, con sus motivaciones, desde ayudar, desde comprometerse.

Y eso estaba bueno porque también generaba, me parece, yendo a esa palabra “comprometerse”, un compromiso por parte de todas. Porque tengo que escribir porque me van a leer y quiero ser escuchada, y lo voy a hacer y lo voy a llevar al encuentro que viene o lo voy a hacer ahora para que me escuchen. Pero también ese compromiso de “tengo un objetivo”, volviendo a lo del objetivo. Era: “Quiero que sea jueves para ponerme a leer, para escuchar a las chicas, para ponerme a escribir, para que me escuchen”.

A raíz de eso, porque yo estuve mucho tiempo: son tres años, un mes y seis días, se generaba todo un tráfico de lectura después. Porque ustedes compartían fotocopias y se leía. Y después decían: “Che está bueno” y se escribía. Y la que había escrito en un pabellón le contaba a la otra: “Me dijo que escribiste tal cosa, pasameló” y se motivaba, por más que no iban las chicas al taller, pero lo leían un montón.

¿Cómo es tu proceso personal de escritura o cómo era?

Era no sentirse presionada, sino cuando te surgía un tema desde que terminás el encuentro y lo que sea iba armando hasta que llegabas. Y llegabas ahí y no te importaba el teléfono, no te importaba lo que pasaba, decías: “¡No, cómo voy a armar esto con la mente!”. Contabas lo que estabas haciendo y era escribir para que te lean primero ahí. Entonces estaba ansiosa, patas para arriba, toda doblada; porque es un espacio muy chiquito, muy reducido. Tenías que guardarte sí o sí, por el bullicio no se podía. Y era prender la radio, poner música, ponerte a escribir a veces en silencio, o a veces ver cómo amalgamas lo que te pasó o lo que estaba sucediendo ahí. Cómo lo podías unir con el tema de la escritura. Y siempre salía algo, siempre; por más que vos dijeras “no”. Todo se fusiona y salen cosas espectaculares, re lindas. Como ves también, porque no todas las chicas tienen el mismo grado de instrucción, y cómo todas de una manera u otra terminan expresándose y terminan mimetizándose con lo que la otra escribió.

Eso impacta muchísimo. Una de las chicas que al principio no podía leer, por diferentes causas. Pero, de repente, al tercer o cuarto encuentro, la escucha de la otra, hizo que se soltara (te acordás que siempre leíamos algún texto en voz alta, un párrafo cada una).

Otra cosa que yo creo que hay que resaltar desde el otro lado, desde el lado de la reclusa, de persona privada de la libertad, es que hay muchos prejuicios con las causas (que creo que pasa en la sociedad, pasa en todos lados). En ese lugar de encuentro que es el taller, no te importa por qué está la otra, quizás la ves en el pasillo: “Esta está por esto, esta está por lo otro”.

¿Te pareció que durante el taller se discutió de literatura femenina y/o feminista?

¿ De qué manera intervino eso en tu propio proceso creativo, si es que lo hizo?

Fue muy variada la temática, escritores, escritoras. Yo lo amé a Lemebel (yo no lo conocía) me encantó, me enamoré. En sí en mi no influyó; en mi escritura; ni en mi forma de pensamiento. Pero, sí aprendí, sí conocí. Porque uno siempre los clásicos, la literatura clásica y uno queda encasillado en eso. Yo conocí muchas escritoras mujeres. Pero bueno, venimos de una época; y más que uno no está tan empapado de escritores, escritoras (eso me gustó mucho).

El taller en sí, lo que significa, no se puede escribir. Con las otras, si tenés que disentir, disentís. Con Mónica, nos hacíamos unos cruces de escritura, que no te importa nada. Pero sabés que es ahí. Y si se pudiera transmitir, eso es lo más importante. No se puede transmitir lo que uno vivió. Porque es una experiencia hermosa y muy personal. Pero, está bueno difundirlo.

Por último, ¿qué nos podés decir acerca del rol de la universidad en la cárcel, específicamente, en la cárcel de mujeres?

El rol de la universidad en la cárcel en general resulta de suma importancia si ponemos como prioridad el estudio y la preparación académica. Sin embargo, va más allá cuando se trata de traspasar las barreras que existen imaginariamente además de las rejas. En la cárcel de mujeres se nota mucho la falta de estudios de las internas. Son muy pocas las mujeres que han terminado sus estudios primarios y, por lo tanto, resulta menor el porcentaje en cuanto a secundario, terciario y/o universitario. Se nota cómo los factores sociales han sido determinantes al momento de prepararse una; para la vida, la maternidad, el llevar una casa, etc. frenan la cantidad de mujeres que han culminado sus estudios. Por otra parte, en la cárcel de mujeres existe la barrera de la autoridad al momento de abrir a la población carcelaria lo que la universidad ofrece. Hay una realidad y es que trabajando las mujeres son más “útiles”, ya sea en la cocina, limpiando o sirviendo a la yuta.

Licencia Creative Commons

Este artículo se distribuye bajo una Licencia CCReconocimiento SinObraDerivada 4.0 internacional.

